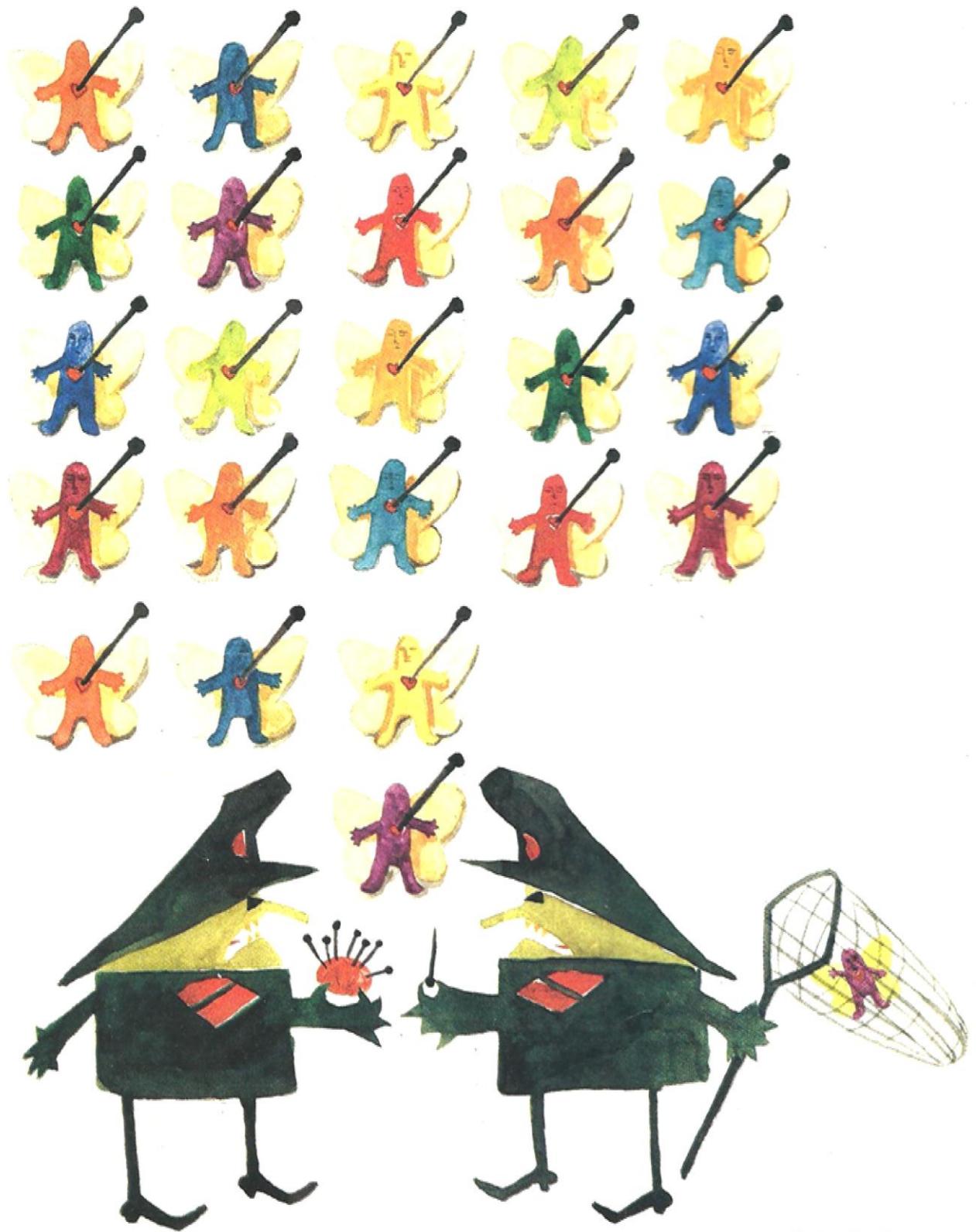


EL GOLPE



por Graciela Montes
Tercera edición ampliada y actualizada

Página/12



dibujos: Alina Cazes
La primera versión de este texto
apareció en 1996 en Página/12
Luego formó parte del libro
El golpe y los chicos
Bs. As. Gramón-Colihue, 1996
© Graciela Montes
© Editorial La Página S.A.
I.S.B.N.: 987-503-295-6
Impreso en Marzo de 2001



Dicen que hace falta “mano dura” para “poner las cosas en su lugar”. Sólo que ponen las cosas donde a ellos les conviene.

El golpe

Algunas personas piensan que de las cosas malas y tristes es mejor olvidarse. Otras personas creemos que recordar es bueno; que hay cosas malas y tristes que, si no van a volver a suceder; es precisamente por eso por lo que nos acordamos de ellas, porque no las echamos fuera de nuestra memoria.

Es el caso de la historia que vamos a contar aquí, algo que pasó en nuestro país hace ya veinticinco años, cuando todos éramos más jóvenes y muchos de los que están leyendo estas páginas ni siquiera habían nacido.

No es una historia fácil de contar porque nosotros mismos fuimos los protagonistas, porque lo que pasó nos pasó a nosotros y no a otras personas, porque son cosas que vimos con nuestros ojos, que vivimos en nuestro cuerpo. Es natural que duela recordarlas.

El 24 de marzo de 1976 hubo un golpe de Estado.

Un golpe de Estado es eso: una trompada a la democracia. Un grupo de personas, que tienen el poder de las armas, ocupan por la fuerza el gobierno de un país. Toman presos a todos: al Presidente, a los diputados, a los senadores, a los gobernadores, a los representantes que el pueblo había elegido con su voto, y ocupan su lugar. Se convierten en dictadores. A los amigos los nombran intendentes, jueces, ministros, secretarios... así todo queda en familia. Se sienten poderosos y gobiernan sin rendirle cuenta a nadie.

Aunque, por supuesto, como no les gusta que los vean como a ogros, siempre explican por qué dieron el golpe. Por lo general dicen que es para “poner orden” en un “país desordenado”. Dicen que hace falta “mano dura” para “poner las cosas en su lugar”. Sólo que ponen las cosas donde a ellos les conviene. Como no creen en la democracia, tampoco creen en la opinión de las personas. Son tan soberbios que consideran que los únicos que saben lo que le hace falta al país son ellos y nadie más que ellos. Pero como en realidad no saben, y tampoco tienen costumbre de pensar ni de reflexionar demasiado, terminan haciendo estropicios y siempre pero siempre dejan al país peor de cómo estaba.

En esos casos, las Fuerzas Armadas, que recibieron las armas para defender a los ciudadanos en caso de ataques extranjeros, las usan para golpear la democracia. Y ciertos grupos de civiles, los que no tienen ningún interés en los gobiernos democráticos, los incitan, los apoyan y los aplauden.

En la Argentina hubo varios golpes de Estado antes del que vamos a contar aquí. En 1930, cuando un general del Ejército, Uriburu, derrocó al presidente Yrigoyen; en 1943, cuando un grupo de oficiales derrocó al presidente Castillo y nombró en su lugar al general Ramírez; en 1955, cuando la Marina y parte del Ejército, con el general Lonardi a la cabeza, derrocaron al presidente Perón; en 1962, cuando derrocaron al presidente Frondizi; en 1966, cuando el



general Onganía usurpó el lugar del presidente Illia... ¡Cinco golpes en 36 años! No fueron todos iguales, ni se produjeron en iguales circunstancias, pero todos desconocieron la Constitución, todos fueron un mazazo a la democracia. Y los argentinos, atontados con tanto golpe, terminamos pensando que era más o menos normal que cada tanto llegaran unos tipos con tanques y ametralladoras y se instalaran en la Casa Rosada. Pero ninguno de esos golpes puede compararse con el que recordamos hoy, aunque la “mala costumbre” de los golpes haya ayudado mucho a que los golpistas se apropiasen con tanta facilidad del gobierno. Lo de 1976 y lo que sucedió después fue lo peor que nos haya pasado jamás en toda nuestra historia.

El 24 de marzo los argentinos que encendimos la radio nos enteramos de que las emisoras habían suspendido su programación habitual para “entrar en cadena”: eso quería decir que, en lugar de tangos, rock o boleros, íbamos a escuchar marchas militares, partes de guerra y discursos. Pero no nos imaginamos que iba a ser tan diferente de otros golpes que ya habíamos vivido. Lo de la cadena radial era algo muy común en los golpes de Estado: los golpistas siempre tuvieron buen cuidado de, como primera medida, amordazar a muchos argentinos; una cadena radial no espantaba a nadie: a menudo los cómicos y los humoristas hacían chistes con ese asunto.

Sin embargo, esta vez iba a ser diferente.

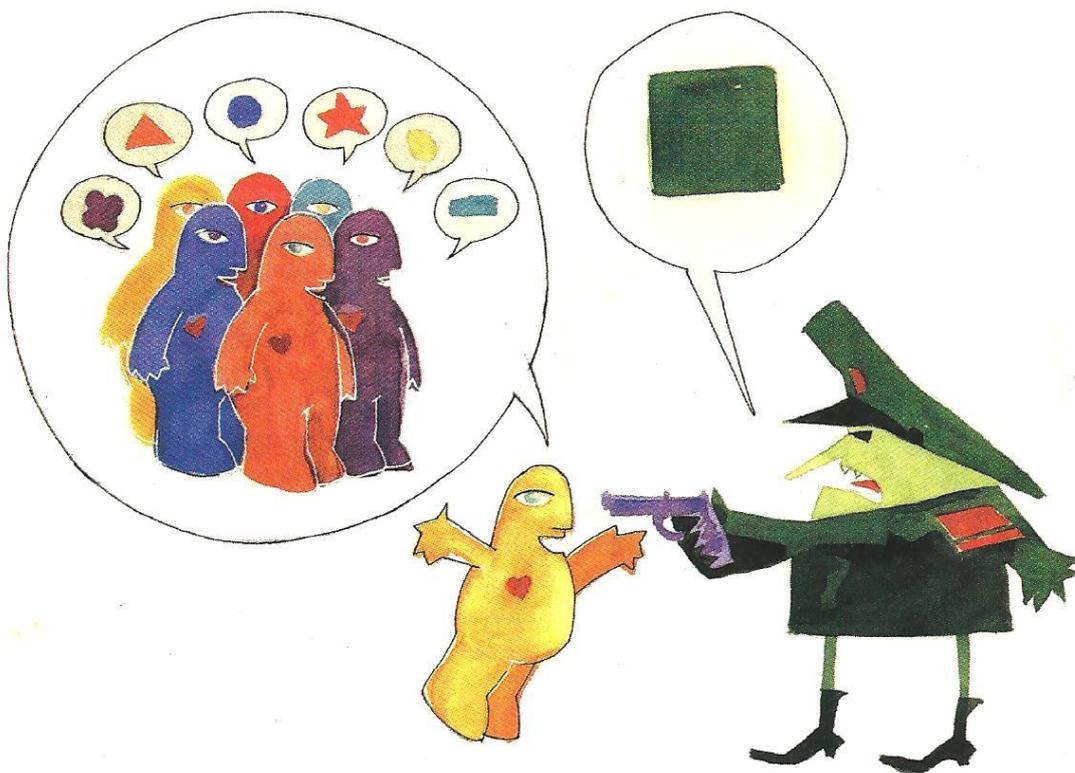
Para empezar, no había sido un golpe del Ejército, o de la Marina y parte de Ejército, como otras veces, sino algo mucho más grande. Esta vez las Fuerzas Armadas en su conjunto se habían puesto de acuerdo para cortar de un hachazo el sistema constitucional. El “Órgano Supremo” que se hizo cargo del gobierno —a los golpistas les encantan las palabras altisonantes— era una Junta: estaba integrada por un general —Jorge Rafael Videla—, un almirante —Eduardo Emilio Massera— y un brigadier —Orlando Ramón Agosti—. Los tres de perfecto acuerdo, los tres detrás de un único objetivo —o al menos era eso lo que decían en los discursos—: derrotar a la subversión, aniquilar la guerrilla.

A río revuelto

Ese asunto de la subversión fue lo que usaron siempre para justificar lo que siguió, todos los horrores a los que vamos a tener que referirnos. Era un buen argumento en esa época porque el último año y medio había sido caótico y violento y la gente andaba bastante desorientada. Los precios habían estado subiendo día a día. Los diarios traían todos los días noticias de enfrentamientos feroces entre distintos grupos, de huelgas, de asesinatos. Isabel Perón —vicepresidenta y heredera de la presidencia después de la muerte de su esposo, Juan Domingo Perón— no conseguía tomar las riendas de ese país tan convulsionado y, más que gobierno, los argentinos sentían que tenían un nogobierno o un desgobierno. Eran días en los que todo parecía estar fuera de control. Eso hizo que una gran parte de la población, los que confían siempre en que las “manos duras” arreglen las cosas, le diera la bienvenida al golpe. Fueron muy pocos los que levantaron la voz de protesta.

Que los golpistas hablaran de “aniquilar” no sorprendía mucho a nadie, porque era una época en la que la gente estaba acostumbrada a la intolerancia. Había muchos grupos enfrentados, y muchas patotas.

La Triple A, por ejemplo. La Triple A —Acción Anticomunista Argentina— era una organización clandestina —secreta e ilegal— que había formado el hombre de confianza de Isabel Perón, López Rega, para aniquilar a sus enemigos políticos y, en general, a todos los “comunistas”. Ese término de “comunista” servía para deshacerse de cualquier adversario. Comunistas eran los sacerdotes que trabajaban en las villas, los alfabetizadores, los intelectuales, los socialistas, los estudiantes, los obreros, los dirigentes barriales, los políticos, los sindicalistas que no se dejaban manejar, cualquiera que criticara o reclamara merecía la etiqueta fatal... Fue una palabra que sirvió para señalar al diferente, al que no pensaba como ellos, y la Triple A, como luego los golpistas, opinaba que a los diferentes había que aniquilarlos. Tolerar al que piensa diferente, al que tiene otro modo de vivir o de ver las cosas, siempre es difi-



cil. Mucho más fácil es formar una “facción”, “patotas” de “gente como uno”, gente con la que uno se identifica, y atacar a muerte a todos los que queden afuera, los que no estén dispuestos a incluirse. Los facciosos opinan que al enemigo hay que aniquilarlo.

Pero las sociedades son grupos muy complejos, donde conviven muchas ideas, muchas costumbres y muchas tendencias. Algunos argentinos esperan ciertas cosas de la vida, y otros, otras. Algunos creen que las cosas se arreglarían de este modo, y otros, de este otro. Lo que a algunos beneficia a otros, a veces, los perjudica. Vivir en democracia significa vivir con el otro –a veces con el adversario, con el que está parado en otro lado– y tolerarlo. Pelear, discutir, enfrentarse, pero tolerarlo.

Claro que, para discutir y tolerar, es necesaria cierta calma, determinado estado de ánimo, y ésas eran épocas muy agitadas, donde pocos parecían dispuestos a detenerse a pensar o a negociar soluciones. Todas las peleas eran peleas a muerte.

La guerrilla también era intolerante.

La guerrilla había comenzado a tomar fuerza después del golpe de Onganía, en 1966. Eran grupos armados clandestinos –secretos– que as-

piraban a tomar el poder. Estaban integrados por hombres y mujeres jóvenes por lo general –a veces adolescentes– que querían “hacer la revolución”, que se sentían indignados por las injusticias de la sociedad y creían en la posibilidad de dar vuelta las cosas.

No eran los únicos. Por esos años había un gran deseo de cambio en todo el mundo. En Francia, en Alemania, en los Estados Unidos, en muchos países de América Latina, los jóvenes se cuestionaban el modo en que estaba organizado el mundo y hacían grandes huelgas y manifestaciones gigantescas de protesta, que muchas veces terminaban en duros enfrentamientos con la policía. En nuestro país se produjo uno muy famoso en 1969: el Cordobazo.

Muchos hombres y mujeres habían tomado conciencia de vivir en un mundo injusto y lo cuestionaban todo: la distribución de la riqueza, el que hubiera ricos muy ricos y pobres muy pobres, el hecho de que algunos países dominaran a otros y los manejaran a su antojo, y, en general, el autoritarismo de los que manejaban el poder, lo que se llamaba “el sistema”, el modo en que estaban ordenadas –por la fuerza– todas las cosas. Había grupos, grandes grupos, que opinaban que había llegado el momento de cambiar. Y que trabajaban



para que ese cambio por fin se produjera.

Pero el sistema, por supuesto, resistía. Y algunos se convencieron de que el único modo de cambiar las cosas que funcionaban mal era mediante la fuerza; se hicieron guerrilleros, empuñaron armas. Los guerrilleros ansiaban la revolución y no creían en los políticos. Decían que sólo con la "violencia de abajo" se podía derro-

tar la "violencia de arriba", la del sistema.

Hubo varios grupos guerrilleros en la Argentina de esos años, pero los dos más importantes fueron el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) y los Montoneros. El héroe de los guerrilleros del ERP era el Che Guevara, muerto en 1967. Los Montoneros, que eran peronistas, admiraban sobre todo a Eva Perón, la apasionada segunda esposa del general Perón, muerta muchos años atrás, en 1952.

Las organizaciones guerrilleras no duraron mucho, apenas unos diez años. Pero a comienzos de la década del 70, cuando estaba por terminar la dictadura que había inaugurado Onganía, se hacían notar bastante; asaltaban regimientos, colocaban bombas, secuestraban a personajes importantes para pedir rescate y así hacerse de fondos con que seguir adelante con los proyectos revolucionarios.

Para comienzos de 1976, la época del golpe, los guerrilleros ya estaban muy debilitados. Siempre habían soñado con conseguir el apoyo de la población, de los más pobres sobre todo, pero en general no lo habían logrado. Durante la dictadura, mientras el país siguió en manos de los militares golpistas, sí tuvieron bastante apoyo, porque muchos pensaban que no había otro camino más que el de la fuerza. Pero en 1973 había habido elecciones y la gente sentía que ya no tenían razón de ser los métodos violentos. Por

otra parte, los guerrilleros habían sufrido muchas derrotas; las Fuerzas Armadas, y también esos grupos clandestinos como la Triple A, habían matado a muchos de ellos. En 1975 habían vuelto a intentar asaltar algunos cuarteles, pero habían fracasado. La población tenía la sensación general de que la guerrilla se estaba disolviendo.

Y, sin embargo, los golpistas nunca se sacaron la palabra "guerrilla" de la boca, hicieron lo que hicieron hablando siempre de guerra y de guerrilla, como si, del otro lado, hubiese habido un ejército poderoso y equivalente. Pero en realidad no era así. Del mismo modo en que López Rega llamaba "comunista" a todo el que quedaba fuera de su manada, los golpistas llamaron "guerrillero" y "subversivo" a todo el que no les pareciese dispuesto a plegarse a ese plan oficial y terrible que se llamó el Proceso de Reorganización Nacional. Todos los que, por alguna razón, les parecían diferentes, parados en otra vereda, disidentes, o críticos sencillamente, pasaban a ser "guerrilleros" y "subversivos", es decir enemigos que debían ser aniquilados.

"Cambio" pasó a ser sinónimo de "subversión". Todos los que habían criticado el orden establecido, todos los que habían cuestionado, levantado la voz, pretendido cambiar las cosas, eran considerados enemigos. El golpe del 24 de marzo de 1976 fue el triunfo del no cambio. Y, por lo tanto, tuvo el apoyo de todos los que aspiraban a que las cosas siguieran como estaban.

Para aniquilar a los enemigos y "poner en caja" a toda la sociedad los golpistas tenían un estilo, el del cuartel, y un método, el del terror.

Como militares que eran lo militarizaron todo e hicieron que los civiles nos sintiéramos reclutas. El país entero se convirtió en un gran cuartel, y en los cuarteles, ya se sabe, hay mucho grito y poca oreja: órdenes, consignas, y la sociedad, calladita, obediente, y sin poder hacerse oír. Más que gobernar, mandaban, decretaban, vigilaban, censuraban, acallaban, recortaban, uniformaban todo. Eso no era del todo nuevo: los golpes suelen aplicar el estilo del cuartel, que es el único que conocen. Pero no todos deciden, como éste, aterrorizar a muerte a los ciudadanos.

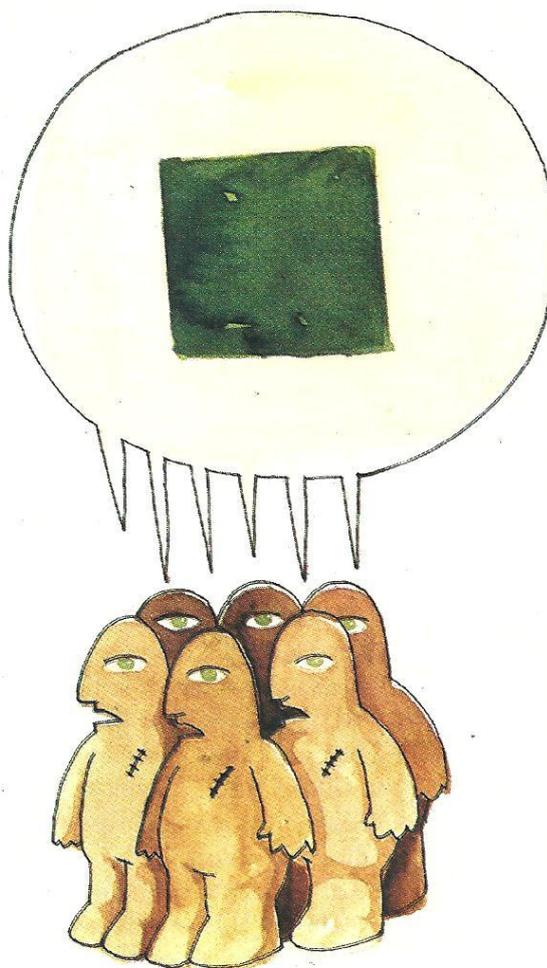
En el pozo del terror

El terrorismo siempre es atroz, paraliza, destruye la vida y las esperanzas de las personas. Estalla una bomba en un supermercado, vuela por el aire un edificio, matan al hijo de cierto personaje... Los terroristas son el peor modelo de intolerante y de faccioso. Pero lo habitual es que los terroristas lancen sus ataques contra el poder. En este caso fue al revés: desde el poder, desde el gobierno, se organizó cuidadosamente un plan para dominar por el terror, para paralizar de miedo a la población y obligarla a marcar el paso.

El maldito plan consistió en secuestrar, torturar y asesinar en forma clandestina a más de 30.000 personas. 30.000 argentinos y extranjeros entre los que había médicos, estudiantes, gremialistas, monjas, sacerdotes, obispos, escritores, políticos, jueces, agricultores, obreros, maestros, conscriptos, científicos, artistas, periodistas, bebés, niños y guerrilleros.

Todo se hacía en forma secreta, por lo general durante la noche y de manera muy violenta. Los Grupos de Tareas, como se llamaba a los que se ocupaban del "trabajo sucio", entraban por la fuerza en las casas y se llevaban —"chupaban", decían ellos— a uno, a varios o a todos los miembros de la familia. Y, de paso, robaban lo que podían, un televisor, ropa, cuadros, dinero... Iban armados hasta los dientes, aunque sólo fuese para desbaratar una familia que estaba mirando la televisión. Para asustar, solían anunciarse antes con un gran corte de luz o con una explosión o arrancando una puerta de cuajo. Golpeaban a los secuestrados, los maniataban y les vendaban los ojos antes de llevárselos (ellos, con esa jerga "de oficio" que tenían, decían que los "tabicaban"). A veces los vecinos los oían entrar y hasta habrá habido muchos que, por la mirilla de la puerta o por entre las tablitas de las persianas, hayan visto meter a los secuestrados a los empujones adentro de un auto —los favoritos eran en esos tiempos los Falcon verdes—, pero por regla general esos vecinos no contaron nada; el terror cumplía con su función y ellos estaban aterrados.

Los secuestrados eran trasladados luego a los centros de tortura, que también eran secretos.



Funcionaban en el sector más apartado de un cuartel, en una fábrica abandonada, en el sótano de una comisaría, en los fondos de un hospital, en un viejo casco de estancia, en un chalet apartado... Hasta allí los llevaban y ahí quedaban hundidos. A partir de ese momento esos secuestrados pasaban a ser "desaparecidos". Nadie daba cuenta de ellos, nadie sabía adónde estaban. La familia o los amigos comenzaban a buscarlos desesperadamente. Y, si daban con algún juez no demasiado aterrorizado y dispuesto a hacer justicia —un juez valiente—, presentaban un *hábeas corpus*, que es como se llama la reclamación legal por alguien que se supone detenido y no aparece. Pero nunca conseguían averiguar nada. Recurrían a la Iglesia, a los obispos; trataban de que los recibieran las personas más influyentes de la sociedad... Pero nada. Como si se los hubiese tragado la tierra. La policía decía que no

sabía nada. Las Fuerzas Armadas decían que no sabían nada. Los desdichados habían caído en el pozo del terror, se los había devorado el gobierno del Proceso.

Hoy todos sabemos lo que sucedía en esos lugares y hasta se ha logrado identificar muy bien dónde estaban ubicados y cómo estaban organizados. La CONADEP, una comisión de notables que se reunió en cuanto el país regresó a la democracia, se ocupó de recoger los testimonios en torno a los desaparecidos y de reunirlos en un libro que todos tendríamos que leer alguna vez, el *Nunca más*.

Los propios secuestradores hablaban en clave de esos lugares de horror y les ponían terribles nombres de fantasía: El Vesubio, El Olimpo, La Cacha, La Perla, El Atlético, La Escuelita, el Sheraton... En algunos casos, estaban ubicados en medio de la ciudad, y los vecinos de los alrededores podían oír los gritos desgarradores de los torturados, los sollozos y los tiros —y también la música estridente con la que trataban de taparlo todo—, y a veces veían sacar féretros o grandes bolsas de polietileno con restos mutilados.

Algunos secuestrados que fueron luego liberados o que lograron escapar pudieron contar los horrores que allí se vivían. Allí era donde se los torturaba para que diesen los nombres de otros disidentes que, a su vez, serían —chupados— y torturados. Se los colocaba sobre una mesa o “parrilla” y se los golpeaba, se los picaneaba, se los mutilaba, a la vez que se les hacían preguntas que para muchos eran incomprensibles. Nunca estaba claro qué querían de ellos. Primero torturaban y después pensaban; o tal vez ni siquiera hayan llegado a pensar nunca. A un grupo de adolescentes de la ciudad de La Plata los secuestraron en una triste noche que se recuerda como *La noche de los lápices*, los torturaron y los asesinaron simplemente porque habían tomado parte en una campaña en favor del boleto estudiantil. Muchos murieron nada más que porque sus datos estaban en alguna agenda que a ellos les parecía comprometedora.

La mayor parte de los que soportaron esos tormentos murieron o fueron asesinados. Pero no

“aparecieron” jamás. A veces se los guardaba ahí adentro durante un tiempo y después se los fusilaba y se los enterraba secretamente, para que nunca más fuesen encontrados o se los arrojaba desde aviones o helicópteros al río, porque los torturadores estaban ansiosos por deshacerse de esos cuerpos que los molestaban demasiado. Todavía siguen apareciendo huesos, restos de desaparecidos enterrados como N.N., como desconocidos. Algunas mujeres, que habían sido secuestradas cuando estaban embarazadas, tenían sus hijos en esos centros de detención. A veces las llevaban a parir en secreto a un hospital, pero otras veces parían en un pasillo, o en la mesa de torturas, entre las risas y burlas de sus secuestradores, y luego se las obligaba a limpiar el lugar de rodillas. Por lo general no volvían a ver a sus hijos: los torturadores se los robaban, se quedaban con ellos.

Es difícil entender lo que puede pasar por la cabeza de un torturador, de alguien que hace sufrir a otro cuando el otro no puede defenderse, que lo golpea, lo mutila, le aplica descargas eléctricas, lo asfixia, lo viola, le arranca al hijo sin compadecerse, sin que le dé pena y vergüenza el sufrimiento de esa persona que tiene adelante. También es difícil entender cómo pudo haber habido médicos que se hayan ocupado de vigilar “el punto justo”, para que los torturados no se muriesen en las mesas de tortura antes de haber entregado la “información” deseada, cómo hubo enfermeras y sacerdotes dispuestos a colaborar con ellos. Pero lo cierto es que hubo muchos argentinos que hicieron ese trabajo. Tal vez consideraban que esas víctimas eran enemigos y que, por lo tanto, no merecían piedad ni justicia. O tal vez, por atroz que nos parezca a nosotros, lo consideraban sencillamente un deber de subordinados, una tarea, y hasta un modo de ganarse la vida. Porque lo cierto es que obedecían órdenes muy precisas, no eran locos que se ponían a torturar por su cuenta; torturaban porque los habían mandado torturar y porque eran demasiado cobardes para negarse a cometer un crimen. Había horarios de trabajo, formularios, expedientes, jefes, sueldos, burocracia.

¡Por algo será!

Esas cosas sucedían todos los días mientras la población seguía adelante con su vida. Iba a trabajar, a la cancha, al mercado, los chicos iban al colegio, se hacían películas cómicas y mucha gente iba a verlas, se hablaba de los ovnis, se seguían día a día los teleteatros. A veces, cada tanto, aparecía en algún diario alguna noticia macabra acerca de un grupo de cadáveres encontrado en las orillas del río, en algún baldío, en una playa, en los basurales, a un costado de la ruta, en una calle apartada. Fusilados, carbonizados, bañados en cal viva, dinamitados, comidos por los peces. Pero no era lo más común; los diarios, en general, callaban, tenían miedo de irritar al gobierno.

Muchos argentinos preferían mirar para otro lado: “¡Por algo será!” sentenciaban cuando se enteraban del caso de algún desaparecido o veían cómo alguien era introducido con violencia en un auto. Se decían que “eran cosas de subversi-



vos”, es decir, repetían la lección que les habían enseñado los golpistas asesinos, estaban convencidos de que debían desentenderse, de que todo eso no tenía nada que ver con ellos.

Preferían entretenerse, ir a bailar, entusiasmarse con el fútbol, que, por supuesto, no es nada malo. Sólo que, en circunstancias como ésta, hasta

el fútbol les vino de perillas a los golpistas. La Argentina ganó el Mundial en 1978 y muchos, muchísimos, no tuvieron mejor idea que ir corriendo a vivir al general Videla, que era el presidente de la Junta. Y esos vivas a Videla, aunque no parezca, también sirvieron para reforzar el sistema del terror. Como la facción estaba de moda todos saltaban y obligaban a los demás a saltar, aunque no tuviesen ganas, porque, decía el cantito, “el que no salta es un holandés” —el último partido había sido contra Holanda—, es decir un “enemigo”.

A veces las personas no somos capaces de levantar la vista para mirar a nuestro alrededor y nos quedamos embobados con nuestro propio ombligo. Y muchos argentinos hicieron eso, no pudieron ver ni pensar más allá de su propio ombligo.

La plata dulce que se volvió amarga

Pero el terrorismo de Estado no fue la única “máquina del terror” que aplicaron los golpistas. La otra fue la demolición de la economía. De eso se ocupó el ministro de Videla, José Alfredo Martínez de Hoz.

Cuando un país tiene sus fábricas abiertas, cuando produce y está activo, es natural que haya conflictos. Los empresarios y los obreros discuten por los sueldos, hay huelgas, quejas, intereses contrapuestos. Pero el golpe del 24 de marzo estaba decidido a paralizarlo todo, a dejar a todo el mundo bien quietito y en posición de firmes. Pretendía decretar el fin de los conflictos, con lo que decre-

taba, además, el fin de la economía, porque una fábrica quieta es una fábrica muerta.

Al principio a algunos les pareció una especie de fiesta porque Martínez de Hoz se las ingenió para que empezara a fluir el dinero. Para eso “internacionalizó”: pidió dinero prestado al exte-

Jueves a jueves, cubierta la cabeza con un pañuelo blanco, daban vueltas a la pirámide que hay en la Plaza de Mayo, para exigir la atención de los asesinos.



rior y levantó las barreras de la Aduana. De golpe y porrazo el país se llenó de productos importados: desde un reloj a una licuadora, de un paraguas a un auto, todo venía de afuera, y muchos argentinos se entusiasmaban con la novedad, que les pareció divertida.

También entró dinero, pero los capitalistas que lo trajeron no lo traían para producir, para construir nuevas fábricas, emplear obreros y hacer crecer el país, sino para especular en las llamadas "mesas de dinero", donde se jugaba con la plata como se juega en una ruleta. La Argentina se convirtió en el paraíso de los financistas, se compraban y se vendían dólares a la salida del mercado, en la puerta de las escuelas, en cada esquina: algunos estaban convencidos de que se iban a enriquecer con los plazos fijos de los bancos, y otros ponían el sueldo a plazo fijo para que no se les hiciera humo antes de llegar a fin de mes. Como el dólar era barato, muchos viajaban al exterior y volvían cargados de televisores, equipos de audio, filmadoras, calculadoras y hasta heladeras. Era la época de la "plata dulce", como se la llamaba entonces, otro modo más de mirarse el ombligo.

En esos primeros años de la dictadura no se podía decir que no hubiese dinero. El dinero circulaba copiosamente y a gran velocidad, pero terminó acumulado en unos pocos bolsillos. Y nunca sirvió para poner en marcha la economía, para crear riqueza, sino, justamente, para aniquilarla.

Poco después se vio que toda esa aparente abundancia no era sino cartón pintado. La plata dulce se esfumó. Vinieron los tiempos duros. Muchos empresarios cerraron sus fábricas porque no podían competir con los artículos extranjeros. Y los argentinos tomamos conciencia, de pronto, de que debíamos tanto pero tanto dinero a los bancos extranjeros que casi ni podíamos decirnos dueños de lo que era nuestro.

Fueron épocas muy tristes. La mayor parte de la gente se encerraba en su casa y trataba de desentenderse de todo. No se reunía con otros, no participaba, no daba opiniones. Entre aterrados y desilusionados, hacían de cuenta que el país no era cuestión de ellos. Estaba prohibido hacer política, además. La censura mandaba. No había protestas, ni arengas, ni huelgas. Todo parecía muerto, quieto.

La gesta de los pañuelos blancos

Pero muy pronto algo empezó a moverse.

Los primeros en reaccionar fueron los que se animaron a hablar en voz alta del terror secreto, y a exigir que los desaparecidos volvieran a aparecer, y vivos, como se los habían llevado de las casas: las voces del reclamo. A mediados de 1977 ya resonaban con fuerza.

En primer lugar, las madres de los secuestrados. Durante todos esos años habían peregrinado de un lado al otro en busca de sus hijos y ahora cambiaban de estrategia, hacían público su reclamo, se mostraban, pedían cuentas, “manifestaban”, algo que parecía olvidado en la Argentina. Jueves a jueves, cubierta la cabeza con un pañuelo blanco, daban vueltas a la pirámide que hay en la Plaza de Mayo, para exigir la atención de los asesinos. Simplemente estaban allí, no faltaban nunca, y su presencia era una terrible forma de denuncia.

Fueron muy valientes –reclamar era peligrosísimo en esos tiempos–, pero su valentía fue recompensada ampliamente: no sólo en la Argentina sino en el mundo entero los pañuelos blancos de las Madres de Plaza de Mayo terminaron siendo un símbolo, la señal de que las que estaban debajo de ellos iban a defender fervorosamente los derechos humanos, esos derechos que todos tenemos por el solo hecho de ser personas y que nadie, ningún golpista, ningún torturador, ningún asesino, tiene derecho a quitarnos.

Hubo, además de la de las Madres, otras organizaciones, algunas antiguas y otras nuevas, que se hicieron oír. En especial, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (A.P.D.H.), de la que formaron parte muchos de los abogados que tenían a su cargo esos famosos hábeas corpus, algunos políticos, intelectuales... Pero también el Movimiento Ecueménico por los Derechos Humanos (M.E.D.H.), el Centro de Estudios Legales y Sociales (C.E.L.S.), el Servicio Paz y Justicia, la Liga Argentina por los Derechos del Hombre, y otras dos organiza-

ciones que, como la de Madres de Plaza de Mayo, estaban vinculadas con la desaparición de personas: Familiares de Detenidos-Desaparecidos y Abuelas de Plaza de Mayo, que reclamaba especialmente por la restitución de los niños nacidos en los campos de detención y tortura.

Por ese entonces ya se comenzaba a hablar en todo el mundo del terror argentino. En Francia hubo varias marchas por los desaparecidos. Y, para colmo, en 1980, la Academia Sueca le dio el Premio Nobel de la Paz a Adolfo Pérez Esquivel, un argentino cristiano miembro del Servicio Paz y Justicia y gran defensor de los derechos humanos.

Todo eso perjudicaba mucho al gobierno, que contraatacaba diciendo que eran puras mentiras y “propaganda antiargentina”: ¿cómo se atrevían esos extranjeros a criticarnos, a pedirnos cuentas? Incluso mandó imprimir unos cartelitos que decían “los argentinos somos derechos y humanos” –les parecía un buen chiste–, y muchos bobos se sintieron “patriotas” pegándolos en las vidrieras y los parabrisas de sus autos, como quien pega los colores del club.

De manera que se podría decir que, hacia 1981, cinco años después del golpe, los golpistas ya no estaban pasando por sus mejores momentos. Los defensores de los derechos humanos los acosaban implacablemente. El mundo comenzaba a mirarlos con sospecha. Muchos de los empresarios que los habían apoyado en los primeros años, o que al menos los habían dejado hacer sin decir ni mu, estaban atravesando momentos difíciles y comenzaban a pasarse al bando de los cuestionadores. La Iglesia, antes muy callada –salvo por unos pocos obispos y algunos sacerdotes–, también comenzaba a pedir cuentas. Y la gente iba saliendo poco a poco de su parálisis y sentía nuevos deseos de participar. La política iba dejando de ser mala palabra: por ese entonces murió Ricardo Balbín, un viejo político radical, y su entierro terminó siendo una gran manifestación popular, la primera después de muchos años.

La última baraja

Los asuntos no andaban bien para la patota gobernante. La sociedad empezaba a mostrarse, y a demostrar, de paso, que no era un cuartel sino otra cosa, bastante diferente. Se empezó a pensar, entonces, en cuál podía ser el modo de devolverles el gobierno a los civiles sin dar marcha atrás ni deshacer el modelo de país domesticado que habían construido en esos años. Pero la salida no les resultaba fácil. Se hablaba incluso de una huelga general de protesta.

Hubo algunos cambios en la Junta Militar; al general Videla lo reemplazó el general Viola y a Viola, al poco tiempo, otro general: Galtieri. Y Galtieri fue el que, con su disparatado plan de invadir las Malvinas, ayudó a derrumbar, muy a su pesar, por supuesto, todo el edificio de esa monstruosa dictadura.

Las islas Malvinas eran, y siguen siendo, legítimamente nuestras, pero ahora, después de la triste aventura de Galtieri, estamos mucho más lejos que antes de recuperarlas. Como quien juega a la guerra, mandó un ejército de muchachos, soldados de 18 años, mal pertrechados y mal entrenados, para luchar contra un ejército poderoso, profesional y bien equipado. Y fue mandarlos al muerte. Ni siquiera se ocupó de que tuviesen el abrigo necesario para hacer frente al frío y a la lluvia.

Pero al comienzo todo pareció funcionarle bien. Las tropas desembarcaron y el general Menéndez se hizo cargo del gobierno de un

puerto que se llamaría, a partir de entonces, ya no más Stanley sino Argentino. Hubo algunas victorias. El entusiasmo belicista se contagió a toda la población. Políticos, artistas, gremialistas, intelectuales, empresarios, deportistas, muchísimos argentinos declaraban su apoyo a la causa, e incluso hubo grandes grupos que se concentraron en la Plaza de Mayo para vivir al general Galtieri. El gobierno, entretanto, se ocupaba de alimentar el triunfalismo con partes de guerra exaltados... y muchas veces mentirosos.

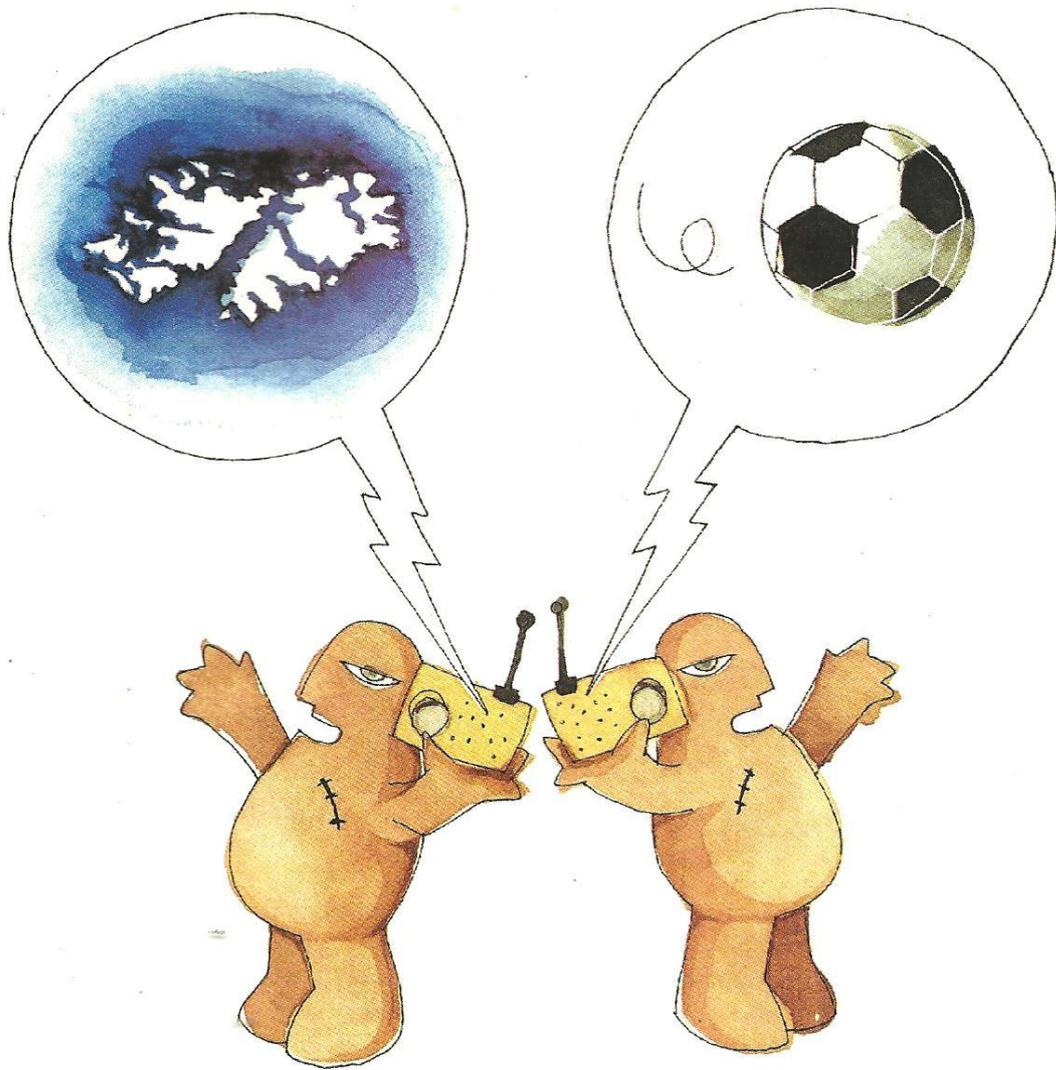
Hasta que ya no pudo disimular más la realidad: los ingleses triunfaban y las tropas argentinas habían tenido que rendirse. Quedaban, otra vez, muchos muertos, soldados, muchachos. Más muertos para cerrar esta etapa negra de nuestra historia.

Esa derrota fue el final para los golpistas. Galtieri tuvo que renunciar de inmediato y se hizo cargo del gobierno otro general, Bignone.

Frente a ese poder ya quebrado la ciudadanía fue ganando más y más confianza. Se multiplicaron las manifestaciones, algunas realmente gigantescas, como la Marcha por la Vida que convocaron las organizaciones de derechos humanos en octubre de 1982 y la Marcha por la Democracia un par de meses más tarde.

Y, lo que era aún más grave para el gobierno, lo oculto empezaba a salir a la luz. Se daban a conocer los horrores secretos. Las revistas y los periódicos se habían quitado por fin la mordaza y hacían revelaciones tan espantosas que ya nadie podría seguir haciéndose el desentendido.

Como quien juega a la guerra, mandó un ejército de muchachos, soldados de 18 años, mal pertrechados y mal entrenados, para luchar contra un ejército poderoso, profesional y bien equipado. Y fue mandarlos al muerte.



Cara a cara y en voz alta

Y recomenzó la democracia. Se convocó a elecciones, hubo otra vez campañas políticas, pancartas, pintadas. Tuvimos que hacer memoria para recordar lo que era una urna, cómo se elegía un diputado, un senador, un presidente... Volvíamos a ser nosotros mismos, a disentir, a pensar de maneras diferentes. A pelear, a discutir. Volvíamos a ser una sociedad viva y comenzábamos el largo aprendizaje de convivir con el adversario, de tolerar las diferencias.

Raúl Alfonsín, el presidente electo, hizo lo que los golpistas tanto habían temido que se hiciera: mandó revisar el pasado.

La CONADEP se ocupó de recoger testimonios de ex desaparecidos y de muchas otras personas que algo habían visto u oído y podían ayudar a develar esos horribles secretos. Y el

había hecho lo suyo para que la gran máquina del terror funcionase con eficiencia. Sin embargo ellos —los subordinados— se defendían diciendo que sólo habían obedecido órdenes, que sólo se los podía acusar de “buenos trabajadores”, muy obedientes. Y presionaban al gobierno para que los protegiese de los juicios que se les venían encima.

El mismo Alfonsín que había hecho juicio a los comandantes terminó cediendo a esas presiones. Consideró que, para reconciliarse con las Fuerzas Armadas, convenía aliviar la situación de todos estos criminales “obedientes”, y dictó dos leyes para protegerlos: la de Punto Final, en 1986, y la de Obediencia Debida, en 1987.

Tres años después, en 1990, el sucesor de Alfonsín en el gobierno, Carlos Menem, hizo algo aún peor: indultó a los comandantes, les perdonó la pena.

Pero está claro que ninguna ley injusta, ningún

Volvíamos a ser una sociedad viva y comenzábamos el largo aprendizaje de convivir con el adversario, de tolerar las diferencias.

propio Poder Ejecutivo, en nombre de la comunidad, les hizo juicio a los comandantes del Proceso, acusándolos de haber secuestrado, torturado y asesinado a miles de personas. Como en cualquier juicio, los fiscales presentaron las pruebas, los testigos contaron sus historias y los defensores trataron de justificar a sus defendidos.

El lunes 9 de diciembre de 1985, después de siete meses y medio, el juez León Arslanian dictó la sentencia. Fue un gran día, uno de los pocos casos en que la ciudadanía sintió que podía castigar a sus verdugos.

Pero los comandantes no habían sido los únicos; estaban además los cientos y cientos de secuestradores y torturadores. Cada uno de ellos

indulto, puede borrar la memoria. De un modo u otro el pasado vuelve. Ningún decreto puede cerrar la historia. Día a día aparecen nuevos testigos. Se conocen nuevos datos. Se reconstruye con más precisión el funcionamiento de un campo de tortura. Se identifican los huesos de un N.N. Un criminal “arrepentido” se muestra dispuesto a confesar su participación en los “vuelos de la muerte”, sobre el río. Un torturador, radicado en México, es reconocido por los torturados. Se encuentran nuevos caminos legales para procesar a los culpables y se abren juicios en España, en Italia, en Alemania. Se multiplican los pedidos internacionales de captura. Dentro del país también se reabren los “juicios de la verdad”, a pe-



sar de las leyes de Juicio Final y Obediencia Debida. Videla y Massera, liberados por el indulto de Menem, vuelven a la cárcel acusados del secuestro sistemático de los niños nacidos en cautiverio. También caen presos Suárez Mason y Acosta. Abuelas de Plaza de Mayo recupera a muchos de sus nietos, hijos de desaparecidos, que habían sido despojados de su identidad al nacer y que ahora, décadas después, podían volver a encontrarse con su gente. El juicio a Pinochet en Chile sirve para aclarar muchos secretos del Plan Cóndor y de la oscura complicidad entre gobiernos que permitió la instalación del terrorismo de Estado en los países latinoamericanos. Muchas son las cosas que se van sabiendo.

La historia no se borra. Una y otra vez reaparece. Y una y otra vez volveremos a contarla para evitar que se repita, para que el pozo del terror no vuelva a tragarnos.

Seguiremos teniendo problemas. Los tenemos, y muy graves. La injusticia planetaria. La deuda externa. La pobreza. La desocupación. Las mafias. Los poderosos que no quieren perder poder aunque para eso haya que aplastar a otros. Los violentos que hablan de aniquilar a cualquiera que piense diferente. Los que se miran el ombligo. Los obsecuentes. Los corruptos que sólo piensan en llenarse los bolsillos. Todo sigue ahí. Pero estamos vivos, y podemos discutir lo que nos pasa cara a cara y en voz alta.

